

Un cristiano ante el desarrollo

El **desarrollo** tiene que ser un nombre nuevo para el quehacer de un cristiano. Dice el Concilio Vaticano II, hablando de Jesucristo: "... El es quien nos revela que Dios es amor (1 Jo. 4, 8), a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo,

con una vida interior más exigente, y que acababa de abrir su tercera empresa, cuando hacia solo diez años afirmaba haber encontrado su ocupación definitiva en el modesto comercio de la ciudad:

—Vengo de un curso de Dirección de Empresas, me refería recién llegado de Barcelona. Esto de haber descubierto que Dios me pide crear puestos de traba-

de sí mismo, sino de toda la humanidad, que comienza, desde luego, por los más próximos. El afán por llenar de gloria el nombre de su Padre es el móvil inagotable que actúa en la conciencia de los cristianos a la hora de poner en juego los talentos recibidos.

Es, por tanto, diáfaramente comprensible por qué los hijos de Dios se empeñan tan ilusionadamente en las tareas del desarrollo. El Papa Pablo VI decía el 26 de marzo de 1967: "En los designios de Dios, cada hombre está llamado a desarrollarse, porque toda vida es una vocación. Desde su nacimiento ha sido dado a todos, como en germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar... Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación... Por sólo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad cada hombre puede crecer en humanidad, valer más" (Enc. "Pop. Progr." n. 15); y añadía: "Pero cada uno de los hombres es miembro de la sociedad, pertenece a la humanidad entera. Y no es solamente este o aquel hombre, sino que todos los hombres están llamados a este desarrollo pleno..." (n. 17).

Una palabra del Concilio

Es tarea **teológica** el desarrollo, como se ve. En Jesucristo se ha encendido la **luz** que hace ver los trabajos por la mejora de este mundo como el quehacer de quienes quieren amar a Dios sobre todas las cosas, y saben que al prójimo lo han de amar, por lo menos, como a sí mismos. La dimensión teológica del desarrollo la ha delineado el Vaticano II con la mayor audacia que puede emplearse para animar a los hijos de Dios a mejorar las condiciones



es el mandamiento nuevo del amor " (Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, n. 38). El mandamiento nuevo también incluye el desarrollo.

Bien había entendido aquel buen cristiano -antiguo amigo-, que se había acercado a Dios

jo es un "sin-vivir". (Y lo decía, saliendo de Misa, con su esposa y los tres niños, en el día de trabajo siguiente a su llegada).

Saberse hijo de Dios, y cuidar en todo el tenor de vida esa condición equivale a estar comprometido en el desarrollo, no sólo